

ANTIPATIAS INTERNACIONALES. / "La Nación", Buenos Aires, (R. A.), 16 noviembre 1911/

ANTIPATIAS INTERNACIONALES

(Para LA NACION)

SALAMANCA, octubre de 1911.



La nativa mezquindad del espíritu humano y su originaria soberbia gratuita, no hay cosa en que más se delaten que en la infatuación racional de los pueblos y en las antipatias, casi siempre infundamentadas, que guardan los unos para con los otros. La «xenofobia», ó sea la aversión al extranjero, sobre todo cuando el extranjero es pobre, es de todos los tiempos y de todos los países. Y si es rico se le teme y acaso se le admira, pero también, aunque menos á las claras se le detesta, porque prevalido de su riqueza suede ser despreciador del país en que vive y de que vive. El «adversus hostem aeterna auctoritas esto» de los romanos, es un principio que rige hasta en los pueblos relativamente más hospitalarios y que de más cosmopolitas se precian.

Creo recordar que fué Schopenhauer quien dijo, ó por lo menos repitió con más empeño y eficacia, que los que antes de él lo dijeron, que no hay orgullo más barato que el que consiste en enorgullecerse de haber nacido en tal ó cual patria. Suele ser el de los que no pueden tener otro, el de aquellos que no tienen nada personal de que con más ó menos razón enorgullecerse. Y á este orgullo tan barato suele acompañar un no menos barato y cómodo desdén hacia los otros pueblos, las casi totalidad de las veces sin conocerlos. La xenofobia sería la característica de lo que algunos llaman la civilización aldeana, si no fuese porque en tal caso «abría que incluir entre las aldeas á las más grandes capitales del mundo. ¿Y es que hay acaso nada más aldeano, nada más estrecho, nada más mezquino que la población de los llamados barrios bajos de las grandes ciudades? El «camelot» parisiense, el «cockney» londinense, el chulo madrileño, están más cerca del salvaje que los campesinos franceses, ingleses ó españoles. Y todo habitante de gran ciudad, sobre todo si nunca ha salido de ella, tiene algo de... lo diremos en inglés, de «cockney». Pero ¿es que ese sentimiento aldeano tal vez no palpita en el alma de todos?

Estas reflexiones, tan tristes como todas las que no sugiere el examen de la naturaleza humana no regenerada, se me ocurren con frecuencia, pero mucho más cuando la guerra entre dos pueblos suscita en los otros pueblos espectadores de ella, los sentimientos de simpatía ó de antipatía respectivos. Y tal es el caso hoy con la guerra entre Italia y Turquía.

Cuando surgió la guerra entre los ingleses y los boers, el sentimiento popular en los demás pueblos se repartió entre unos y otros beligerantes, pero casi predominantemente en favor de los boers. Y no tanto por simpatía hacia éstos como por antipatía hacia los ingleses. Sin saber apenas nada, claro está, del modo de ser y de vi-



VNIVERSIDAD DE SALAMANCA

GREDO.S.U.S.A.L.E.S

3-81



vir de unos y de otros. Para los más de los boerófilos el Transvaal era el más débil y siempre nos domina la simpatía hacia el débil cuando éste es heroico y se defiende con bravura. Las guerras de conquista, por otra parte, provocan antipatía, sin meterse á examinar si la tal conquista es ó no necesaria y si lo que á primera vista parece ofensivo no es en el fondo puramente defensivo, como acaso lo era en esa ocasión. Pero no faltaban anglófilos que vieran en esa guerra un avance de la llamada civilización moderna en contra de un pueblo aldeano obstinado en oponer su independencia patriarcal á la mayor expansión de la vida cosmopolita. Para éstos el heroico ejército boer no pasaba de ser una «montonera», mejor ó peor organizada, que defendía su independencia sí, pero una independencia bravia y campesina, reñida con el adelanto de la vida moderna industrializada. Les eran además, poco simpáticos ó tal vez antipáticos los boers por su apogeo á la Biblia. Aunque no se quería descubrir el fondo del sentimiento, no era esto sino una cierta aversión al cristianismo positivo y tradicional, frente al cual se ve eso otro, que podríamos llamar progresismo ó cientificismo. Vean en esa lucha la lucha de la Inglaterra científicista, la de los «free-shinkers», no de la puritana y bíblica, contra los hugonotes boers. En el fondo, como se ve, un sentimiento religioso ó irreligioso, que es lo mismo.

Surgió la lucha entre el Japón y Rusia y volvieron á dividirse los sentimientos populares, también sin base de información suficiente. Y casi todos los que no conocían ni á Rusia ni al Japón, ni tenían sino muy vagas y acaso equivocadas ideas sobre uno y otro pueblo, se pronunciaron en favor de éste ó de aquél. Para los unos Rusia era, á pesar de los pesares, una nación cristiana, y el Japón representaba lo que se suele llamar el peligro amarillo. Pero para los otros era precisamente el cristianismo ruso tanto ó más que el absolutismo autocrático de su gobierno lo que les hacía antipática á Rusia, viendo en el Japón el entusiasta néscito de ese cientificismo que se opone—á sabiendas ó no, queriendo ó sin quererlo—al tradicional ideal cristiano. Y tengo yo un amigo que suele decir que si el Japón llega á ser derrotado, á estas horas no creerían los japoneses ni en el binomio de Newton ó en la ley de Mariotte.

Se exacerba el viejo conflicto anglo-francés y ya tenemos otra vez á las gentes de los demás países pronunciándose en favor de una ó de otra parte. Aquí se entrecruza, claro está, el interés de cada pueblo en que salga vencedor uno ú otro de aquellos dos según que crean ligados sus intereses al uno ó al otro. Y hasta no falta quien haga votos porque se devoren mutuamente, como los perros del cuento, sin que quede de ellos sino los rabos. Es una forma de egoísmo. Pero si se va al fondo y prescindiendo de otros móviles más personales y bajos, los sentimientos se dividen por el mismo criterio que antes señalamos. Casi todos los que se llaman á sí mismos progresistas, avanzados, radicales, republicanos, demócratas, etc., se pronuncian á favor de Francia, á la que creen, con razón ó sin ella, el portaestandarte en Europa del progresismo, del ra-



UNIVERSIDAD DE SALAMANCA



dicalismo, de la emancipación de la conciencia y de la democracia, mientras estiman que Alemania, á pesar de Kant y de toda la filosofía que de él deriva, es un pueblo conservador, tal vez retrógrado, aristocrático y sobre todo cristiano. Hay la idea, que no sé hasta qué punto sea cierta, que el cristianismo tiene más raíces en la luterana y kantiana Alemania que en la católica ó ex católica y voltariana Francia. Acaso sea esto un error, de que el tiempo se encargue de sacar á muchos, pero entretanto la opinión vulgar y corriente es la de que es Francia, la casi única Francia que el vulgo internacional conoce, el vivero del librepensamiento.

Claro está que estos sentimientos movidos así por grandes corrientes generales, casi siempre de origen subterráneo religioso, se modifican y alteran en casos individuales por razones individuales también, casi siempre miserables y ridículas. Uno que no ha tratado sino á uno ó dos ó pocos franceses, rusos, ingleses alemanes, italianos, españoles, etc., juzga de todos ellos por ese solo ó esos pocos que conoce y ha tratado, y aun así no pocas veces juzga mal. Si los ha conocido fuera de su propia tierra, no suele tener en cuenta lo que cambia un hombre de cuando se produce en su propio ambiente natal á cuando tiene que producirse fuera de él, sobre todo el hombre que no está suficientemente educado para ese trasplante. Conocida es aquella frase francesa de «l'anglais chez soi», el inglés en su propia tierra. Y si el sujeto en cuestión ha estado y vivido en tierra extranjera, juzga de ella y de sus habitantes según aquel principio de que cada uno habla de la feria según le va en ella, sin advertir si no son deficiencias suyas y no de los otros las que le impidieron desenvolverse bien, si es que no se desenvolvió. Una gran parte de los que acuden á un país extranjero y no prosperan en él culpan al país de su falta de adaptabilidad ó de la ignorancia con que á él llegaron.

Pero fuera de estos casos individuales, desgraciadamente muchos más de lo que debieron ser, el juicio que de un pueblo extranjero se hace y la antipatía ó la simpatía á ese juicio consiguiente se rige por principios más elevados y menos egoístas, aunque no menos infundamentados, que el principio del propio interés ó el propio gusto individual. Y en el fondo el criterio que domina es el de lo que se llama con un simplismo aterrador progresismo ó retrogradismo, adelanto ó progreso.

Y esto lo corroboran los de cada país anteponiendo al patriotismo, al amor y aun más que al amor á la recta comprensión de su propia patria, las pasiones políticas. Puede asegurarse que son franceses, ingleses, alemanes, españoles, etc., los que enseñan cuanto de malo sobre ellos puede decirse á los demás pueblos. Un patriota, un verdadero patriota de una patria cualquiera, comprende y estima al pa-





triotas, al verdadero patriota de aquella otra patria que más en pugna esté con la suya. Y en cambio los revolucionarios y los reaccionarios de las patrias todas parecen empeñados, aun despreciándose entre sí, en destruir todo patriotismo hasta cuando más lo exaltan.

Hay pueblos sobre todo que llevan al extremo esta exaltación de sus sentimientos sectarios y donde el furor revolucionario ó el reaccionario, la locura católica ó la locura atea, ahogan todo otro sentimiento.

Hay, otra triste desgracia y es que en ciertas épocas de la historia los emigrados de un país cualquiera, suelen ser emigrados políticos y no hay nada más terrible que un emigrado político para el buen nombre de la patria á que pertenece. No hay sino recordar aquellas fatídicas palabras de Alcibiades á los lacedemonios, tal cual nos las da Tucídides, cuando huído de Sicilia, á donde su patria Atenas le envió como general y de la que le lanzaba para juzgarle, excitaba á los enemigos de esa su patria á ir contra ella, palabras que no quiero reproducir aquí, pero que las hallará quien quiera en el párrafo 92 del libro VI de la «Guerra del Peloponeso», del gran historiador ático. ¡Y esto en una ó en otra forma se ha repetido tanto! Así como tampoco quiero reproducir aquí otras palabras del historiador argentino Vicente F. López, que figuran en el capítulo IV del tomo IX de su «Historia de la República Argentina», que acaba de reeditar el señor Roldán, palabras que aunque no lo parezca se refieren á lo que vengo tratando. Es un pasaje en que López se lamenta de que ahí no se les haya levantado estatuas ni á Canning, ni á Monroe. Y yo añado que no sé si la tienen el Dante y Cervantes. Posible es que algún español pensara en la de Ferrer ó en la de Riego, aunque éste se encuentre tan olvidado ya como se encontrará aquél bien pronto.

Al empezar este artículo quería venir á parar á los sentimientos que hoy despierta la lucha recién entablada entre Italia y Turquía y á las razones que mueven á unos y á otros á pronunciarse en favor de uno ó de otro de esos dos pueblos. Sin conocerlos apenas, por supuesto, ni en uno ni en otro caso y sin darse cuenta de los motivos ó más bien las necesidades que hayan lanzado á Italia sobre la única potencia no cristiana que queda en Europa. Los Jóvenes Turcos han hecho olvidar á muchos la negra, la negrísima reputación del sultanato turco que tan duras frases arrancó á Gladstone. Pensaba también indicar qué género de sentimientos y de razones hace que á unos les sea antipática la italianidad y á otros, por el contrario, nos sea en general simpática. Pero ahora debería limitarme á comentar las quejas de una parte de la prensa italiana, quizá fundadísimas sin duda, porque una parte también de la prensa inglesa y alemana juzga con ruda acritud la acometida de Italia contra Turquía y su expedición á Trípoli.

Estimo que en general tiene la prensa italiana mucha razón al formular esa queja y que pide con harta justicia que antes de pronunciar juicio condenatorio se les





oiga y se estudie bien la situación de Italia y las razones que le han movido á la guerra emprendida, pero como sucede casi siempre—ó mejor dicho, siempre—en estos casos no haría menos bien esa prensa recogién dose á examen de conciencia para examinar si alguna otra vez no ha caído ella misma en la falta que ahora con razón imputa á la prensa inglesa y á la alemana. Italia ha sido, sin duda, durante mucho tiempo y singularmente antes de que coronara la obra gigante de su unidad, uno de los pueblos más calumniados, pero así que pasado el «risorgimento» ha logrado levantar cabeza, no ha podido librarse tampoco de la roña de las llamadas grandes potencias. Ellos, los italianos, que han sido víctimas de la torpe xenofobia de los otros, franceses, austriacos, etc., son á su vez xenóforos y suelen juzgar al prójimo con no más competencia y justicia que á ellos se les juzgaba. Es inevitable, los pueblos como los individuos en cuanto empiezan á hacerse ricos ó fuertes dan en desdenar ó fingir que desdenan á los que suponen pobres ó débiles, conociéndolos ó sin conocerlos.

Y viene la recíproca. ¿En qué consiste si no el que aquí, en España, siendo como es la cultura francesa la que más influye de entre las extranjeras, haya una marcada aversión y en no pocos hasta desdén á Francia? En España los españoles más afrancesados suelen ser los más francóforos. Algo se debe, sin duda, á que nuestro ideal de vida es acaso en el fondo irreductible al ideal de vida francés; á que nuestro tipo de civilización es diferente y tal vez antagónico al de ellos, á que su cientificismo progresista no llena ni puede llenar las tradicionales aspiraciones del alma española, pero más que á esto, mucho más que á esto se debe á que el francés por lo general, y salvo excepciones honrosísimas, ni consigue penetrar en nuestro espíritu ni lo busca, sino que empeñado en no ver en todas partes sino discípulos y hechuras de su pueblo, que estima único, nos juzga sin conocernos y nos calumnia sin información suficiente, según su costumbre.

MIGUEL DE UNAMUNO



VNIVERSIDAD  
DE SALAMANCA

GREDO.USAL.ES